

FERNANDO
BALMAYOR



(NO)
TODO
ESTÁ
PERDIDO

Fernando Balmayor

(No)todo está perdido

 Planeta

CAPÍTULO CERO

Regla n° 1 de la foristología:

El anonimato es la clave

¿Cómo se rebela uno ante algo que está obligado a hacer? Odio las rutinas, pero son inevitables. El trabajo siempre es el mismo; tus funciones, las mismas todos los días. A no ser que te dediques a la actuación. En ese caso tal vez un día te toca ser un bombero, otro día el presidente de un país, más adelante un soldado o un criminal que disfruta matando ancianos. Yo no disfruto de matar ancianos, aunque a veces mi madre me haga ponerlo en duda. Elvira tiene setenta y ocho años y siempre fue un poco manipuladora. No sé cómo hace, pero logra que pase de amarla a odiarla en cuestión de segundos. De tenerle compasión y comprenderla a desear profundamente que se legalice la eutanasia sin justificación.

No tengo hermanos. Mi padre murió repentinamente cuando yo tenía 18 años y, desde entonces, mi madre usa su soledad como herramienta para hacerme sentir culpa, algo que logra realizar con éxito muy seguido, a pesar de mis cuarenta años. Por consejo de su médico, hace poco menos de un mes, decidí trasladarla a una residencia de adultos mayores, lugar al que ella prefiere llamar «sala

de espera de la muerte». Mi mujer, Fabiola, siempre me dice que mientras esté pendiente de mi madre yo no voy a poder ser feliz.

¿Quién es feliz? ¿Quiénes son felices? ¿Esas familias de rubios que sonríen desde el afiche del banco donde te invitan a contratar un seguro de vida? Gente hermosa que se abraza sonriente en una casa de campo. Seres de cabellos sedosos y abundantes, padres rubios con hijos rubios y hasta perros rubios, porque siempre es un Golden retriever, con esa cara de tonto adorable, el que posa en esas publicidades aspiracionales.

De todas maneras, yo creo que soy feliz. Dentro de lo posible, estoy cerca de lo que se supone una persona feliz. Trabajo casi de lo que me gusta. Soy periodista, pero orgullosamente de la vieja escuela, la del gran Nelson Fioravanti. Fioravanti fue el periodista más destacado de la historia de nuestro país. Se hizo célebre a partir de sus investigaciones y de su rectitud a la hora de llevar adelante el oficio. Sagaz, incorruptible, altruista, no hay escuela de periodismo donde no se estudie la obra del maestro. Escuché que murió en la pobreza hace algunos años y lo mínimo que podemos hacer sus colegas, que estamos en actividad, es honrar sus principios y valores en cada nota, informe o investigación que produzcamos. Por eso, antes de publicar cualquier material, chequeo a fondo cada dato y busco como mínimo tres fuentes para asegurarme de que lo divulgado sea absolutamente fiel a la realidad. Hoy casi ya no hay verdaderos periodistas. Existen ani-

(NO)TODO ESTÁ PERDIDO

madores televisivos que preguntan obviedades, y también está Twitter. Twitter le hizo mucho daño al periodismo. En mi época, para hablarle a la gente había que trabajar en radio o en televisión o escribir en un diario y solo llegaban los más idóneos. Hoy la historia es otra, Twitter le dio voz a un gran porcentaje de idiotas. Yo no tengo Twitter, ni Instagram. Tenía Facebook, pero le di de baja cuando me harté de que en cada oportunidad que subía una foto, mi madre publicara un comentario humillante. Como la vez que puse de portada un retrato mío en blanco y negro donde creía verme sexy y atractivo y ella escribió: «¡Qué grande estás hijito!, ya nada queda de ese nene que se orinó en la cama hasta los once años».

No es fácil trabajar de periodista. Sin embargo, vivo de lo que escribo y eso no es poca cosa. Es cierto, no soy la estrella de la CNN, apenas dirijo *La trompeta suburbana*, el diario de distribución gratuita de mi barrio. Por eso digo que «casi trabajo de lo que me gusta», porque me gustaría llegar a un público más amplio que las ochenta manzanas que delimitan la zona donde vivo. Pero a pesar de ser un medio chico, diminuto comparado con los monstruosos multimedios que monopolizan el mercado, con los avisos de los negocios barriales y un pequeño subsidio del estado puedo llevar el pan a casa y no necesito dedicarme a una actividad que aborrezca para subsistir, lo que sería algo parecido a trabajar en serio. También formé una familia. Tengo mujer y una hija. Nadie es rubio en mi casa. Un publicista no nos usaría para vender seguros de vida. Creo que

damos el *physique du rol* de una campaña para pedir créditos blandos para reformar la casa o comprar tu primer auto.

Fabiola nació en la pobreza y eso fue lo que me enamoró de ella. Su infancia repleta de carencias la llenó de otras virtudes, como saber disfrutar de las cosas simples y la practicidad a la hora de resolver un conflicto inesperado. Todavía recuerdo unas vacaciones en la costa cuando el fuerte sol no nos permitía disfrutar de la playa y el viento había hecho trizas la sombrilla que compramos en oferta en un hipermercado. Yo propuse renunciar al día de playa, pero Fabiola no se dio por vencida. Caminó los mil doscientos metros que separaban al mar de nuestro aposento y regresó con unas sábanas y unas ramas que había juntado en el camino. Con esos únicos elementos improvisó una carpa que nos propinó una relajante sombra y fue la envidia del resto de los turistas, que miraban azorados como con un presupuesto de cero pesos habíamos resuelto el problema. Ella misma se puso el apodo de «la pobre», un nombre de guerra que ostenta orgullosa cada vez que resuelve un problema con el ingenio que posee solo aquel que no tuvo nada. «Este es un trabajo para la pobre», repite en cada oportunidad que la realidad necesita de sus servicios. Es que mi mujer fue pobre en serio. En su casa no había dinero para darse gustos. Lo más parecido a un helado que conoció de chica fue una cubetera rellena de jugo concentrado que su madre ponía en el congelador cuando una ocasión especial lo ameritaba. Para la familia de Fabiola chupar

(NO)TODO ESTÁ PERDIDO

esos cubitos saborizados hasta derretirlos en sus bocas era como ir a comer un cucurucho de pistacho y dulce de leche bañado en chocolate para la familia rubia del afiche del banco.

Juntos tuvimos a nuestra hermosa hija Gaia. Gaia tiene ocho años, pero por momentos parece mayor. Sus respuestas y reflexiones nos sorprenden. Maneja conceptos que nadie le enseñó. Es lo que pasa con la generación de Internet: uno ya no tiene claro si los que educamos somos los padres o los youtubers. No me enojo con sus ídolos del mundo virtual. Tampoco me creo capaz de hacer un trabajo mejor que el de ellos. Educar a un niño es tarea difícil, pero, por suerte, mi hija tiene muchas actividades y nos cruzamos poco, por lo tanto, mis fallas como padre se reducen. Gaia odia su nombre. Así nos lo dejó en claro varias veces: «¿Por qué no me llamo Lucía o Martina, como cualquier chica normal? ¿Por qué tengo nombre de mascota?» Cada tanto me viene con eso.

En la mitología helénica, Gaia es la diosa madre, quien presidió la Tierra. Fue la compañera de Urano y la madre de los titanes y los cíclopes. Esto no lo sabíamos, lo googlearnos obviamente, y nos gustó. Lo que sí sabíamos con Fabiola era que, si algún día teníamos una hija o una mascota, lo que viniera primero, se iba a llamar Gaia. Así que tan equivocada no está en sus reclamos mi hija.

Aunque nos vemos poco, por mis obligaciones, admito no ser un gran compañero de juegos. Mi excesiva ansiedad me impide llevar adelante cualquier actividad

que me aburra un poco, y simular el casamiento de dos muñecas me exaspera. Es difícil aceptarlo, pero es así, me parece un pésimo plan jugar a lo que le resulta divertido a mi pequeña hija. Me mato pensando qué cosas podemos compartir para pasarla bien juntos, pero no se me ocurre ninguna. Ella no toma cerveza y la madre no la deja ver películas «de tiros y muertes», así que todo queda reducido a hacer un dibujito juntos o compartir un combo de comida chatarra.

Me gusta mi barrio. Eso también se supone que hace a la felicidad: que te guste el lugar donde vivís. Villa Pueyrredón es un barrio de casas bajas, con árboles floridos y variados y el sol se pasea por las calles desde que asoma hasta que se retira en un atardecer que casi se puede contemplar hasta el final. En el verano proliferan los árboles de moras negras, las mariposas y el olor a jazmín chino inunda las veredas. Por las noches también se pueden ver muchas estrellas a simple vista. Sin dudas, un lujo en la polucionada gran ciudad. Mi casa tiene una terraza pequeña con una parrilla. Otro motivo de felicidad. El olor a grasa asada está entre mis favoritos, junto con el de la nafta y la acetona.

La baja densidad de población de mi barrio hace que conozca a todos los vecinos. A muchos ni los saludo. A otros solamente les digo «hola». A unos pocos les digo «hola» y converso unos minutos. Y a poquísimos los saludo con algún tipo de contacto físico, ya sea un apretón de manos o un beso, según la confianza.

Uno de mis amigos del barrio era Coco. Coco no se llamaba Coco, se llamaba Huang y era el dueño del súper chino. A Huang no lo saludaba con un beso porque no estoy seguro de que los chinos usen sus labios para otra cosa que no sea fumar. Con su mujer, Laura (tampoco se llama Laura), jamás lo vi besarse, tampoco abrazarse, ni expresar mínimamente una muestra de afecto. Siempre usaba a esa pareja de ejemplo cuando Fabiola me reclamaba que era poco cariñoso. «¡Poco cariñosos son Coco y Laura!», le respondía sistemáticamente. También usaba la misma estrategia cuando me acusaba de beber mucha cerveza. «¿Mucha cerveza? ¡Mucha cerveza tomaba Amy Winehouse!» Es un buen truco compararse con los peores para que la falla propia se note menos.

Coco se adaptó rápido a las costumbres argentinas. Le gustaba comer asado, jugar al truco y era hincha de Nueva Chicago. De hecho, los días que había partido atendía con la camiseta del torito de Mataderos. En realidad, él era hincha de Ferrocarril Oeste, pero se cansó de las burlas que recibía por la dificultad que le provocaba pronunciar correctamente la letra erre y decidió cambiarse de club.

Todos en el barrio lo queríamos a Coco. Era común verlo cruzar bromas con los vecinos, la mayoría de ellas de tinte xenófobo, pero sin maldad. Héctor, el fletero, vivía pegado al súper de Coco y cada vez que lo cruzaba le decía «¿Qué pasa, Coco, que tenés los ojos así, te da el

sol en la cara?», y Coco siempre le respondía «No, es para verte mejor la cara de boludo que tenés». Después ambos simulaban que se iban golpear para finalmente terminar la conversación entre risas, y tal vez un «puto» cuando ya se encontraban a una distancia prudencial. Escuché decenas de veces ese paso de comedia entre ambos y, la verdad, siempre me sacaba una sonrisa.

Laura, la mujer de Coco, es amable, atractiva y tiene la piel suave y delicada. Su boca está llena de unos dientes blancos y perfectos, lo cual le viene bárbaro, ya que su principal característica es que sonríe mucho. Sonríe siempre, de hecho. Para los que creemos que una sonrisa prolongada es sinónimo de «vamos a tener sexo, ahora mismo» es un problema hablar con la mujer de Coco. Solía fantasear bastante con ella. De hecho, algunas veces rocé su mano a propósito cuando me devolvía dos caramelos a modo de vuelto. Pero ella nunca se dio cuenta de que la estaba provocando. No me imagino cómo la conquistó Coco que es menos seductor que una cerveza sin alcohol. Tal vez los padres de ella la obligaron a casarse con él. Si no, no me explico.